

El diario comunista *Daily Worker* de Nueva York: un estudio hemerográfico de su evolución durante el segundo pánico rojo de Estados Unidos

Francisco Javier MAESTRO BÄCKSBACKA
Universidad Complutense de Madrid
jmaestro@ccinf.ucm.es

Antonia SAGREDO SANTOS
Universidad Nacional de Educación a Distancia
asagredo@flog.uned.es

Recibido: 29 de julio de 2015

Aceptado: 12 de septiembre de 2016

Resumen

Este trabajo tiene como objetivo seguir el azaroso desenvolvimiento del principal diario comunista de EE.UU., el *Daily Worker*, durante el llamado “segundo pánico rojo”. Para abordar ese proceso el trabajo se atiene a la extensa cobertura que la prensa estadounidense de la época dio a este asunto, con todas las ramificaciones que creó en torno a cuestiones como la libertad de prensa, el enjuiciamiento de periodistas, la persecución de actividades consideradas no-americanas, la exigencia de juramentos de lealtad, en definitiva todo aquello que desembocaría hacia 1950 en el macartismo, un estado de opinión de pánico –incluso de sitio- que se retroalimentó de un contexto amenazante para EE.UU.

Palabras clave: Guerra fría; macartismo; *Daily Worker*; Partido Comunista de EE.UU. (PCUSA); Truman; FBI.

The New York Communist *Daily Worker*: Its evolution during the second red scare as seen by the American press

Abstract

This paper aims to study the hazardous course of the main communist newspaper in the US during the second red scare: The *Daily Worker*. To reach this aim the paper relies on the significant coverage that this topic received in the American press together with all the pertaining side-issues such as freedom of the press, prosecution of journalists related to non-American activities, loyalty oaths and the like, all of which led to MacCarthyism by 1950, that is, a state of mind of fear –even of siege- bolstered by threats such as the communist victory in China, the outbreak of the Korean War, the menace of a nuclear war and the uncertainties of decolonization.

Key words: Cold War; McCarthyism; *Daily Worker*; US Communist Party; Truman; FBI.

Referencia normalizada

Maestro Bäcksbaka, J. y Sagredo Santos, A. (2016). El diario comunista *Daily Worker* de Nueva York: un estudio hemerográfico de su evolución durante el segundo pánico rojo de Estados Unidos. *Historia y Comunicación Social*. Vol 21, número 2, páginas 343-362.

Sumario: 1. Introducción: la herencia rooseveltiana. 2. El Partido Comunista de Estados Unidos (PCUSA) y el *Daily Worker* en la inmediata posguerra. 3. La eliminación del enemigo interno y externo: la infiltración del FBI. 4. *Daily Worker* como prototipo de infiltración comunista. 4.1. Los periodistas del *Daily Worker*. 4.2. Las campañas del *Daily Worker* a favor de los comunistas procesados 5. Conclusiones. 6. Referencias bibliográficas.

1. Introducción: la herencia rooseveltiana

El periodo posterior a la Gran Depresión de 1929 fue accidentado y cambiante para EE.UU., porque si por algo se caracterizó fue porque el país dejó atrás el tópico de ser una nación basada en términos casi absolutos en la libertad de mercado y el individualismo para dar paso a valores comunitaristas, derivados del proceso de construcción de un embrionario Estado del bienestar para superar la depresión económica. Todo ello supuso un giro de 180° para los estadounidenses y su cultura.

Es sobradamente conocido que la presidencia de Franklin D. Roosevelt (1933-1945) sacó al país de la crisis más profunda jamás conocida arbitrando una serie de medidas intervencionistas que confirieron al gobierno federal un alud de nuevas competencias para combatir el paro, el retraimiento de las inversiones empresariales, la caída del consumo y para atender las situaciones de emergencia social. Éstas y otras medidas de intervencionismo público, conocidas como el *New Deal*, fueron duramente criticadas por los guardianes de la libre empresa al tiempo que recibieron un apoyo generalizado de los sectores más vulnerables de la sociedad, todo lo cual se tradujo en cuatro sucesivas victorias electorales para Roosevelt.

A ello cabe añadir que el signo de los tiempos iba también a contracorriente del liberalismo y la libertad de mercado como quedó patente no sólo en la URSS sino también en los regímenes totalitarios de Alemania e Italia donde se instaló bien pronto una economía de guerra destinada a dar cauce a un agresivo expansionismo. Estos procesos afectarían pronto, en mayor o menor medida, a todos los países europeos y fueron también trasladados a EE.UU. donde la puesta en funcionamiento de la gigantesca maquinaria de la producción en masa, pronto al servicio de una economía de guerra, sacó al país definitivamente de la crisis colocando además a EE.UU. como principal baluarte de la democracia occidental frente a un fascismo en imparable ascenso.

EE.UU. dejó también atrás una política de relativo aislacionismo en sus relaciones internacionales para ir asumiendo escalonadamente el papel de gran potencia mundial.

No fue extraño que Roosevelt normalizara en 1933 las relaciones diplomáticas con la URSS y que ambas potencias fueran luego aliadas en la Segunda Guerra mundial. No sólo profesaban un mutuo sentimiento antifascista, también eran anticolonialistas y partidarias, cada una a su manera, de impulsar políticas redistributivas. Esta apro-



ximación se hizo más patente después de 1935 cuando la URSS reorientó su política general hacia el frentepopulismo, es decir, a la búsqueda de aliados para luchar en un frente común contra el fascismo, en contraste con la línea sectaria anterior que consideraba a la coalición del *New Deal* como un fascismo encubierto, como el propio secretario general del PCUSA, Earl Browder, se encargó de etiquetarlo en 1933 en el folleto “¿Qué es el *New Deal*?” Diez años más tarde, tras la Conferencia de Teherán en 1943, el mismo Earl Browder, logró que se aprobara cambiar la línea del partido al considerar que la coexistencia pacífica entre comunismo y capitalismo en EE.UU. era un hecho por lo que había que abandonar la vía revolucionaria, la idea de la lucha de clases e incluso cambiar el nombre del PCUSA por el de Asociación Política Comunista¹. En 1945 Browder sería depuesto por “revisionista” y el PCUSA retomó su

anterior línea política colocando al frente de la organización a una ortodoxia encabezada por William Z. Foster y Eugene Dennis. Esa dirección política se mantuvo a lo largo del periodo macartista, pero inaugurando un nuevo curso político que sería ampliamente difundido en las páginas del *Daily Worker*.

2. El Partido Comunista de Estados Unidos y el *Daily Worker* en la inmediata posguerra

El final de la guerra hizo que los estadounidenses abrigaran fundadas esperanzas en la instauración de una paz mundial duradera, garantizada por la recién creada Organización de Naciones Unidas. El frente interno en cambio se caracterizaría por el desarrollo de una democracia social que no vendría a ser otra cosa que dar continuidad al *New Deal* por parte de la administración Truman, un plan que años más tarde recibiría, ya desnaturalizado, el nombre de *Fair Deal*. Ninguno de estos supuestos cuajaría, pero importantes sectores de la opinión pública estadounidense habían apostado en 1945 por ese nuevo orden de cosas que abonaría el terreno para la irrupción de un nuevo escenario progresista en EE.UU.

El PCUSA y el diario *Daily Worker*, se decantaron también por estos objetivos si bien para ambos el referente de la paz mundial era la URSS y no el “imperialismo de Wall Street”, de igual modo que la democracia social no vendría, a juicio de ambos, de la mano ni del partido republicano ni del demócrata sino de un nuevo movimiento progresista del que formarían parte activa. Sin embargo, con la entrada en escena de los determinantes de la Guerra fría en 1947 se produce una rápida inflexión en la política y opinión pública estadounidense hacia posiciones crecientemente conservadoras, de tal manera que el prometedor movimiento progresista, encabezado por el exvicepresidente Henry Wallace al frente del Partido Progresista, se hundió nada más presentarse a las elecciones presidenciales de 1948 obteniendo tan sólo el 2,4% del voto popular cuando las previsiones se habían fijado en torno al 10-15%. A pesar de este sonoro revés tanto el PCUSA como el *Daily Worker* siguieron apostando por un resurgir del movimiento progresista cuando todo iba a contracorriente bajo el signo de la Guerra fría, sobre todo tras el estallido de la Guerra de Corea en 1950 cuando EE.UU. entró literalmente en guerra. Tanto el PCUSA como el *Daily Worker* no hicieron sino perder predicamento al invocar la paz oponiéndose tanto a la recién creada OTAN como al Plan Marshall señalando además que no combatirían a la URSS en caso de guerra. Pero antes de 1948 todo parecía diferente.

El PCUSA (Oneal, 1947: 333), que en 1935 apenas contaba con 30.000 afiliados, logró en los años siguientes una mayor implantación y audiencia, de modo que en 1946 ya dobló con creces sus efectivos, siendo especialmente llamativo el aumento de su presencia en las luchas obreras, en los sindicatos de trabajadores no cualificados (Kampelman, 1957), entre los afroamericanos², las mujeres y los parados; cabe asimismo mencionar su creciente influencia en el mundo de la cultura³, los medios de comunicación social, en la administración pública y en las fuerzas armadas⁴.

Años más tarde, en 1950, el congresista Charles A. Wolverton (*Congressional Record*, 1951,5326-7) recogía el testimonio del director del FBI ante la Comisión de Apropiaciones donde dijo entre otras cosas que el volumen de actividades subversivas era mayor entonces que durante la Segunda Guerra mundial y que la amenaza comunista en EE.UU. se encontraba a un nivel superior a la de nazismo o fascismo en la pasada contienda. Según sus estimaciones, el PCUSA contaba en 1950 con 54.174 militantes concentrados mayormente en las zonas más urbanas del país como Nueva York (25.000), California (7.000), Illinois (3.300), Pennsylvania (2.900), Ohio (2.800), Michigan (1.250) ó Massachusetts (1.020). Añadiendo que, según alardeaban sus dirigentes, por cada militante había al menos 10 seguidores adicionales, de aquí que la quinta columna comunista se cifrara en unas 540.000 personas. Señaló además que el 48% de dichos militantes trabajaban en sectores industriales estratégicos, vulnerables por tanto al sabotaje. Reveladores de estos supuestos planes de sabotaje son los testimonios de los infiltrados del FBI en el PCUSA que con frecuencia aparecían en la prensa. Es por ejemplo el caso de John Huber que, después de haber permanecido nueve años infiltrado, señalaba que los comunistas de EE.UU. “son los más pérfidos, los más alejados de los valores estadounidenses, pues sólo reciben y obedecen órdenes de Moscú”, según recoge el titular “Se informa sobre planes de

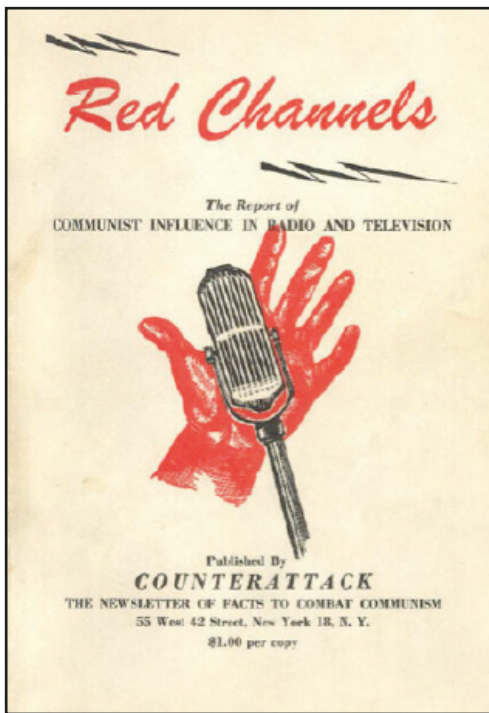
sabotaje rojo” en el *Washington Post* del 18 diciembre 1949 y en el *New York Journal American* del 30 agosto del mismo año. Otro ejemplo es el de John T. Pace que organizó la primera célula comunista en la fábrica de Ford en Detroit. Después, como ex comunista, denuncia los “evidentes” planes comunistas de sabotaje que recoge el *New York Journal American* del 4 de septiembre de 1949.

Los años de expansión del PCUSA fueron tejiendo círculos concéntricos de simpatizantes, insertos en la sociedad civil en forma de asociaciones de todo tipo, que también serían objeto de diversas formas de hostigamiento político y penal. Esta penetración comunista, más cualitativa que cuantitativa, sería desde muchos ámbitos sobredimensionada al estallar la Guerra fría en 1947⁵ para así convertirse en una gran amenaza. Este estado de pánico -incluso de sitio- se retroalimentaba del peligro de una guerra nuclear, del avance mundial del comunismo tras la proclamación de la República Popular China en 1949 y del estallido de la Guerra de Corea en 1950. Todo ello permitía además afirmar insistentemente, y con facilidad, que el propósito último de los comunistas y sus múltiples “compañeros de viaje” era derrocar por la fuerza el orden vigente en EE.UU. para reemplazarlo por una “dictadura comunista”⁶. No faltaban relatos totalmente opuestos, si bien casi irrelevantes, como la carta abierta dirigida al presidente Truman el 6 de marzo de 1949 por Foster y Dennis, los principales dirigentes del PCUSA. En esa carta se identificaban con Lincoln y Jefferson como patriotas que luchaban por la paz, lo que contrastaba con la acusación hecha por el propio Truman de que los comunistas eran “traidores” como recogen el *New York Times* del 7 de marzo 1949 bajo el titular “Foster y Dennis informan a Truman” y el *Daily Worker* del 6 de marzo 1949 con el encabezamiento de “Los comunistas americanos se opondrán a la guerra de Wall St., dicen Foster y Dennis”.



En definitiva, el temor a una quinta columna comunista en EE.UU. -los cálculos venían a cifrarla en unas 500.000 personas- no hicieron sino acrecentar el rampante anticomunismo⁷. Vemos sin embargo que había discrepancias en torno a estas cifras porque mientras el *Washington Post* del 8 de febrero de 1950 decía que el FBI pensaba que se trataba de 540.000 personas, un año más tarde, el 28 de abril de 1951, el *New York Herald Tribune*, de nuevo según el FBI, rebajó la cifra a 430.000 personas. Si a ello se añade el descubrimiento desde finales de los años 30 de una extensa red

de espionaje, compuesta por cientos de estadounidenses y canadienses al servicio de la URSS, que logró hacerse con numerosos secretos industriales y militares, todo lo cual desembocaría en noticias sensacionalistas sobre su persistente actividad⁸, entonces ya disponemos de una visión general que sin duda alentaba a ciertos sectores



a adoptar medidas de excepción y de paso dar más alas al anticomunismo. Es el temprano caso de la ley de 1940 que exigía a los no-estadounidenses registrarse para declarar que no subvertirían el orden establecido por la fuerza –la Smith Act ó Alien Registration Act- que se amplió para aplicarse a todo ciudadano vinculado a la función pública, una provisión que fue declarada anticonstitucional desde 1957 en adelante, lo que explica las sucesivas modificaciones que registró la Smith Act. No obstante, la ley fue el principal instrumento jurídico utilizado por el macartismo para enjuiciar a reales o supuestos comunistas, como tendremos ocasión de comprobar.

La Ley de Seguridad Interna –*Internal Security Act*- de 1950, también conocida como la Ley McCarran⁹, y también de dudosa constitucionalidad, vino a reforzar aún más el arsenal de medidas antisubversivas¹⁰ en EE.UU. Se

llegó así a vulnerar no sólo la libertad de expresión sino también la quinta enmienda constitucional que prohibía expresamente la autoinculpación (Emerson, 1970:112).

3. La eliminación del enemigo interno y externo: La infiltración del FBI

El *Federal Bureau of Investigation*, conocido por sus siglas *FBI*, es la principal rama de investigación criminal del Departamento de Justicia de los Estados Unidos. Nada más finalizada la Segunda Guerra mundial el FBI tuvo que adaptarse a la nueva situación derivada de la Guerra fría y a la lucha contra la amenaza comunista. Así, entre 1946 y 1947 el FBI había logrado reunir a lo largo de los años un expediente legal de 1.350 páginas con 546 ilustraciones más dos suplementos con 500 páginas y 846 ilustraciones adicionales (Whitehead, 1958: 358) que contenía las pruebas que luego serían utilizadas en próximos juicios para inculpar al PCUSA, a sus dirigentes y, en la medida de lo posible, a todas las organizaciones afines, incluidos los medios de comunicación¹¹.

El FBI no tardó en hacer un llamamiento a los estadounidenses para que delataran a todos aquellos que estaban “traicionando a la nación” y “favoreciendo la penetración de las ideas comunistas en el país”. Hay numerosas manifestaciones en esta línea en la prensa. Por ejemplo, en el rotativo más influyente del país, el *New York Times*

del 27 de enero de 1950 y en el diario vespertino *Evening Star* del 12 de noviembre de ese mismo año se recoge el llamamiento del FBI animando a los ciudadanos para que colaborasen en la tarea de identificar a los “enemigos del país”.

El propio director del FBI, J. Edgar Hoover¹², quien llevaba desempeñando su cargo desde el 10 de mayo de 1924 y que permaneció en el mismo durante 48 años, nos presenta esa misma recomendación en un artículo del *Evening Star* del 27 de febrero de 1951, bajo el título “El director del FBI alude a la responsabilidad de la ciudadanía para preservar la seguridad”. Hoover lo expresaba así:

La seguridad nacional de los EE.UU. puede mantenerse solamente con la total cooperación de todos los americanos patriotas. A medida que nuestro programa de movilización sea una realidad debemos esperar que aquellos que quieren debilitar a América se pongan en acción. El PCUSA se ha convertido cada vez más en una organización clandestina. Es necesario que el público entienda el actual programa de seguridad y conozca las funciones de las diferentes agencias que han sido designadas para guardar los secretos militares y económicos de la nación frente a los agentes extranjeros y defender las instalaciones industriales vitales y las áreas estratégicas de potenciales saboteadores y grupos subversivos dentro del país¹³.

También matizaría que:

La protección de la seguridad interna de la nación tiene una doble responsabilidad. No sólo debe salvaguardar los secretos de la nación y sus sectores vitales, sino también garantizar que las libertades del ciudadano no sean violadas. Se alerta a los ciudadanos para que no lleven a cabo sus propias investigaciones o se involucren en la propagación de rumores estériles. La acción vigilante y la “caza de brujas” solo promueve la histeria. El tema que nos ocupa debe ser realizado de una forma tranquila y organizada para que los resultados sean efectivos (...)

La triangulación de “defender las libertades-promover la seguridad nacional-erradicar la subversión mediante la delación y/o infiltración” no resultó fácil de cuadrar, si bien esa misma dificultad nos permite entender por qué no fueron ilegalizados tanto el PCUSA como el *Daily Worker* a pesar de que no faltaran propuestas en tal sentido. Porque lo que realmente estaba en juego si se procedía a la ilegalización era la propia naturaleza de la democracia estadounidense. Veamos algunas razones.

Las libertades de expresión y de prensa están recogidas en la Primera Enmienda de la Constitución de EE.UU., de suerte que estas libertades en particular se han venido considerando como algo genuino y consustancial al pueblo estadounidense. De hecho, en plena Guerra fría se argumentaba insistentemente que la democracia y el régimen de libertades de EE.UU. era el principal elemento diferenciador frente a regímenes como el “totalitarismo comunista”. No obstante, el Tribunal Supremo de EE.UU. era la institución encargada de interpretar la amplitud y las restricciones que podían imponerse a cada una de las libertades amparadas por la Constitución. En el caso de la libertad de expresión la única limitación existente hacia 1945 era que el ejercicio de dicha libertad no supusiera un peligro inminente y de facto (*clear and present danger*) encaminado a subvertir el orden establecido. Cómo entender lo que constituye una amenaza, cómo demostrar su evidencia y su carácter inminente,

fueron todos ellos criterios altamente controvertidos y el Tribunal Supremo durante el macartismo dio demasiadas veces por sentado argumentos especiosos y poco acordes con las garantías constitucionales, algo que sería revertido en los años 60.

Así, de forma recurrente aparecen artículos que se oponen a ser tolerantes con los intolerantes, una muestra sería la siguiente carta de un lector al *New York World Telegram* del 27 de agosto de 1951:

Quiero expresar mi profundo aprecio por los magníficos artículos aparecidos en *World Telegram* y *Sun* relacionados con la Ley Smith bajo la cual fueron condenados 11 comunistas que ahora se encuentran encarcelados por abogar en su propaganda por el derrocamiento de nuestra forma de gobierno republicana y nuestras instituciones democráticas por medios ilegales. A mi entender todavía hay liberales blandos, sentimentales, atolondrados que piensan que debemos ser tolerantes y conceder a los agitadores comunistas libertad de expresión y de prensa.

No son capaces de ver que todos los países europeos, ahora gobernados por la brutal dictadura roja, fueron conquistados con la ayuda del mismo tipo de individuos que los atolondrados liberales de EE.UU. (...)

En el rotativo *Washington Post* del 9 de agosto de 1950 se recoge un artículo bajo el título “Libertad y seguridad” en el que se analizan los límites de estos dos conceptos y como combinarlos entre sí al tiempo que presenta algunas ideas del presidente Truman sobre estos extremos:

El Presidente ha agarrado por los cuernos el gran dilema de nuestra sociedad, el dilema de proteger nuestras libertades mientras se salvaguarda nuestra seguridad, en un singular mensaje de gran estadista al Congreso (...)

Y el artículo finaliza con estas afirmaciones:

Por esta razón, la aplicación extrema del espíritu de las leyes existentes serviría a los fines comunistas para desacreditar nuestro sistema de libertades constitucionales. Los ultras olvidan, en fin, que las leyes por sí mismas no protegen, lo que principalmente cuenta es la administración de esas leyes y la cooperación de la opinión pública, y el mejor antídoto contra el peligro interior surge de la estricta aplicación y de lo que el Presidente llama “un vigoroso funcionamiento democrático que resulta de reconocer las necesidades de la gente”. Mr. Truman suministra al Congreso un nuevo punto de partida apuntalando las leyes contra la subversión.

Por su parte, el *Daily Worker* del 3 de julio de 1949 recoge el discurso que Eugene Dennis, secretario general del PCUSA, pronunció sobre el futuro sombrío para las libertades en EE.UU. dado el diletantismo de las instituciones a la hora de defenderlas. Pocos años más tarde irían apareciendo artículos críticos como el firmado por Robert Dean en *The New Leader* del 19 de marzo de 1951 titulado “Los liberales responden a McCarthy”, donde destaca cómo surgen opiniones entre los liberales contrarias a McCarthy y sus métodos:

Una buena noticia es que los liberales están empezando a expresar su opinión contra Joe McCarthy, y con un efecto contundente. El 1 de febrero, el senador de Connecticut William Benton denunció el nombramiento de McCarthy para el Subco-

mité de Asignaciones que aprueba los fondos del Departamento de Estado. "Un nuevo y peor acoso de irresponsabilidad se presenta ante nosotros" con este "despiadado propagandista", declaró Benton. La táctica de McCarthy es: "si no consigues que un libelo valga, inténtalo con otro".

4. Daily Worker como prototipo de infiltración comunista



El Daily Worker se publicó entre 1924 y 1958 en Nueva York como diario y portavoz del PCUSA, mientras que el dominical se denominó The Worker. Su línea política era estalinista, aunque en los años 40 se abrió ocasionalmente a otras sensibilidades de la izquierda bajo el lema de que "el comunismo es el americanismo del siglo XX", señalando

a Washington, Jefferson y Lincoln como precursores. Se estima que el diario alcanzó una tirada máxima de 35.000 ejemplares (el dominical The Worker unos 80.000), en su mayoría distribuidos en Nueva York y zonas limítrofes. El diario se financiaba a través de suscripciones, donativos y ventas en quioscos, dado que los anuncios estaban vetados con el fin de poner de manifiesto la independencia del periódico frente a los grupos de presión económicos. Puede decirse que el Daily Worker era plenamente consciente del singular papel de prensa alternativa que estaba desempeñando en medio de un sistema informativo¹⁴ crecientemente concentrado en pocas empresas, estrechamente vinculadas al orden establecido, tal como quedaba reflejado en el escrito de 1946 "La 'Prensa Libre': retrato de un monopolio" del veterano reportero George Marion del New York Mirror.

Del total de 12 páginas del Daily Worker desde 1949 reducidas a 6 por las deudas buena parte estaban dedicadas a información y opinión política, noticias sobre el movimiento obrero y sindical, así como



secciones sobre la condición de la mujer, derechos civiles, deportes, viñetas y temas culturales. En su plantilla figuraban periodistas y escritores de renombre, muchos de los cuales aparecían también como colaboradores ocasionales de los semanarios *In Fact*, *New Masses* ó en la revista *Political Affairs*. Una parte nada desdeñable de la plantilla estaba formada por afroamericanos y por personas provenientes de Europa del este que ya habían ejercido el periodismo en los convulsos años de la Gran Guerra.

El diario siempre estuvo lastrado por problemas económicos y de distribución, sobre todo en las horas más bajas para el diario que coincidieron con el Pacto germano-soviético de 1940 y, nada más iniciarse 1950, con el macartismo y la guerra de Corea. Así pues, no sólo el PCUSA vio reducida su militancia en 1956 a unos 5.000 miembros, el *Daily Worker* también se vio obligado a cerrar al poco tiempo. En la imagen contigua aparece el último número del diario del 13 de enero de 1958 con el titular “¡Volveremos! Luchando por la paz, la democracia y el socialismo”.

4.1. Los periodistas del *Daily Worker*

Resulta difícil deslindar el ejercicio del periodismo de la militancia comunista dado que los periodistas que trabajaban en el *Daily Worker* tenían un alto grado de compromiso ideológico y también resultaba evidente la influencia y el control ejercido por el PCUSA. De hecho, estaban instalados en el mismo céntrico edificio neoyorquino, aunque en plantas diferentes.

Algunos periodistas jugaron un papel protagonista en estos años, como fue el caso de Louis Francis Budenz (1891-1972), activista, escritor y agente de espionaje soviético y jefe del grupo de espías *Buben*. En 1935 se integró en el PCUSA desempeñando el cargo de editor del *Daily Worker*, llegando a ser también miembro del Comité Nacional del Partido. En 1938 fue arrestado en veinte ocasiones y, ese mismo año, fue también editor del diario comunista de Chicago, *Midwest Daily Record*¹⁵, que formaba parte de la alianza que existía entre publicaciones del mismo signo como el *People's World* de San Francisco y el propio *Daily Worker* de Nueva York. En 1940, Budenz se instaló de nuevo en Nueva York y pasó a presidir la corporación que

publicaba el *Daily Worker*, así como a formar parte de su Consejo editorial. En 1945 Budenz dio un giro copernicano a su vida: se convirtió al catolicismo y se transformó en un declarado anticomunista que no reparó en testificar, ya a sueldo del FBI, delatando a todos los supuestos comunistas que conocía. Años más tarde confesaría en un artículo del *New York Times* del 24 de marzo de 1949 que durante su militancia comunista había seguido las instrucciones que recibía de la Unión Soviética, como se desprende de las siguientes declaraciones:

Llamado al estrado -como primer testigo del gobierno por el abogado de los Estados Unidos John F. X. McGohey- el Sr. Budenz dijo que como editor de los periódicos comunistas él había seguido órdenes basadas en un programa para la revolución mundial diseñado en Moscú por la Internacional Comunista de 1935.

Dijo asimismo que:

“su trabajo en el *Daily Worker* era supervisado continuamente, primero por el Sr. Foster, después por el Sr. Dennis, y finalmente por el Sr. Stachel. Ellos asistían diariamente a las reuniones de los editores y tenían una especial conexión telefónica con su oficina”.

Un sentido bien diferente tuvieron las declaraciones durante el mencionado juicio del nuevo director del *Daily Worker*, John Gates, en las que afirmaba que el objetivo del partido era conseguir unas “reformas sociales pacíficas”. Russell Porter presenta en otro artículo del *New York Times* del 7 de julio de ese mismo año nuevas declaraciones de John Gates, donde testificaba que “el *Daily Worker* es el órgano oficial del partido en el sentido de que el partido oficialmente lo “apoya” (..) negó como testigo que fuera el órgano oficial en sentido estricto”. John Gates, cuyo nombre polaco originario era Salomon Regenstreif, destacó de joven como activista entre los desempleados de Ohio, luego en 1932 como dirigente de la Liga de Juventudes Comunistas del PCUSA y en 1938 como comisario político en el batallón Abraham Lincoln. Como director del *Daily Worker* acabó discrepando con el imperante dogmatismo e inflexibilidad del PCUSA dando al diario un perfil más abierto incorporando, entre otras medidas, las opiniones de sus lectores. En 1958, tras distanciarse del PCUSA a raíz de la revolución húngara, publicó “La trayectoria de un comunista americano”, de carácter autobiográfico.

Otras firmas en el *Daily Worker* pertenecían a destacados miembros del PCUSA, que no eran periodistas de profesión. William Z. Foster, por ejemplo, firmó un monográfico de quince páginas del dominical *The Worker* el 29 de mayo de 1949 titulado “En defensa del PCUSA y de los líderes encausados”. El 27 de septiembre de ese mismo año Foster escribió una columna con el título “Un llamamiento a todos los estadounidenses”, donde denunciaba la persecución que sufría el PCUSA y sus máximos dirigentes:

Después de nueve meses de un juicio político sin precedentes en la historia de EE.UU. -un juicio para controlar las ideas de 11 líderes comunistas- la defensa finaliza su alegato sobre el caso. En las dos semanas que quedan, como mucho, antes de que el jurado emita su veredicto, todos los estadounidenses que apoyan la demo-

cracia sincera no pueden estar tranquilos cuando sus propias libertades están siendo amenazadas por este intento de declarar ilegal al Partido Comunista (..)

Eugene Dennis, secretario general del PCUSA, escribió a su vez un largo artículo, que ocupaba casi toda una página del dominical *The Worker* del 3 de julio de 1949 en torno al mismo asunto.

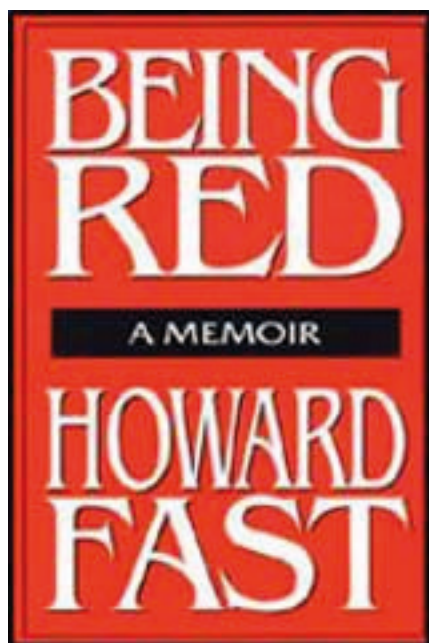
Por su parte, Gilbert Green, presidente del PCUSA de Illinois y uno de los doce encausados, firmó un artículo en el *Daily Worker* el 7 de abril de 1949 bajo el título “Un acusado ve a Foster amordazado”, en el que defiende abiertamente la necesidad de que Foster testifique por escrito en el juicio que se ha emprendido contra la cúpula del PCUSA:

La única razón por la que el Camarada Foster no está en la Sala del Juicio con el resto de nosotros, es debido a una severa dolencia cardíaca... Sin embargo, el testimonio del Camarada Foster es imperativo para la defensa de nuestro partido. Esto es debido a que William Z. Foster es el primer líder de nuestro partido y nadie puede sustituirle (...) jugó un especial y único papel en la reconstrucción del Partido Comunista en 1945, algo que la acusación alega que ha sido un crimen. Es por esta razón que la defensa ha insistido en su derecho a obtener un testimonio escrito del camarada Foster



THE UNHOLE TRUNK: BANKS, CHURCH, PRESS
By Winston Gribben
Daily Worker, May 16, 1947

Alan Max, editor y principal comentarista político del *Daily Worker* también fue llamado a testificar en el juicio contra los miembros del PCUSA, como recoge el *New York Times* del 19 de agosto de 1949 en un artículo de Russell Porter titulado “Nueva amenaza de cárcel en el juicio contra los rojos”. Max Gordon, que se incorporó al consejo editorial del *Daily Worker* en 1942 hasta que en 1956 rompiera con el



PCUSA, después de conocer las atrocidades cometidas por Stalin; también figuraba entre los que defendieron a los doce acusados del partido. Harry Raymond, conocido por sus reportajes en torno a relaciones y conflictos laborales, es otro que firma sus artículos, al igual que el veterano y reconocido reportero Art Shields ó el columnista George Morris, también encargado de cubrir temas laborales. Otros periodistas del *Daily Worker* de este periodo que merecen ser mencionados fueron Sandor Voros, de origen húngaro, que cubriría la información internacional; en 1937 fue enviado a España como comisario político de las Brigadas Internacionales para evitar actos de indisciplina, y allí estuvo profundamente disgustado con el *Daily Worker* por la forma triunfalista de cubrir la información. Se fue alejando del PCUSA para convertirse en un comunista desilusionado como lo describe en su libro *American Commissar* de 1961. Otro

corresponsal del diario para temas internacionales fue el marxista y periodista británico Peter Fryer que en 1956 acabó siendo expulsado por sus posiciones críticas.

La sección dedicada a la situación de la mujer corrió a cargo de la periodista Elisabeth Gurley Flynn, apodada *The Rebel Girl* por su activismo político a favor de la mujer y el comunismo a lo largo de toda su vida; en 1951 fue condenada a dos años de prisión por desacato al tribunal. Resulta igualmente necesario mencionar a caricaturistas tan soberbios como William Gropper (autor de la viñeta contigua), Jacob Burck, Maurice Becker o Fred Ellis. La sección de deporte, a cargo de Lester Rodney, fue siempre muy comentada por propugnar terminar con la segregación racial en el deporte, algo poco usual en la época. La pluma de escritores de renombre también dio una especial relevancia al *Daily Worker*. Fue el caso de Michael Gold, premiado en 1930 por su novela *Judíos sin dinero*, o Richard Wright, afroamericano perteneciente a la *Chicago Renaissance* que publicó obras de tanto éxito inmediato como “Los hijos del Tío Tom” (1936), “Hijo nativo” o “Niño negro”. Tampoco faltó la colaboración del escritor Edwin Rolfe, también poeta, quizás el que más versos publicara contra la caza de brujas del macartismo; se alistó asimismo a la Brigada Abraham Lincoln encargándose de la revista “Voluntario por la libertad” y en 1939 publicó el libro “Lincoln Batallion”. Howard Fast fue un prolífico escritor conocido por su novela “Espartaco” (1951) escrita mientras cumplía tres meses de cárcel por negarse a delatar a sus correligionarios. Como reportero en la Segunda Guerra mundial llegó a formar parte de los servicios secretos de EE.UU. siendo redactor del “Voice of America”. En 1943 ingresó en el PCUSA y durante los años 50 colaboró regularmente con el *Daily Worker* apostando por un comunismo abierto que no pudo

materializarse entonces. Howard Fast nunca abandonó sus convicciones comunistas y en 1990 publicó su autobiografía “Ser rojo”. Cuando se produjo el cierre del *Daily Worker* dijo que:

El último número del *Daily Worker* salió el 13 de enero de 1958, exactamente 34 años después de que saliera su primer número. Dudo si hubo un solo día durante esas décadas en que el diario no estuviera endeudado. Siempre estuvo falto de personal y su plantilla siempre estuvo mal pagada. Nunca transigió con la verdad tal como la veía; aunque a veces fuera rígido y creyera todo lo que la URSS le pusiera por delante, solo fue así por su fe ciega en la causa socialista. Es una parte de la historia de este país y, como el partido que lo apoyaba, prodigaba amor por su país nativo. Alardeó en una ocasión de una tirada cercana a los 100.000 ejemplares. Su tirada final no llegó a los 5.000 ejemplares.

Por su parte, Woody Guthrie, poeta, cantante, guitarrista y compositor de *folk* destacó por su infatigable lucha contra la segregación racial, inmortalizada en “This land is your land” de 1944.

Se puede decir, una vez visto el plantel, que el *Daily Worker* realizó un periodismo de altura, dejando a un lado las consideraciones políticas.

4.2. La campaña del *Daily Worker* a favor de los comunistas procesados

El *New York Times* del 15 de octubre de 1949 presenta una cronología de todo el proceso que tanto marcó al *Daily Worker*. Se acusa a 12 dirigentes del PCUSA el 20 de julio de 1948, se inicia el juicio el 21 de marzo de 1949 y termina con el veredicto el 14 de octubre de 1949. Dicho periódico añade que “el juicio contra los comunistas es probablemente el más largo que se haya realizado nunca con el sistema de jurado”, cuyo coste ascendió a “un millón de dólares”. Todo empezaría con los llamados juramentos de lealtad en 1947.

Ya comprobamos que en un ambiente de Guerra Fría la prensa estadounidense reaccionaba ante las iniciativas que emprendía tanto el poder ejecutivo como el legislativo para frenar el avance del comunismo. Una de estas iniciativas fue la *Loyalty Order* (orden ejecutiva de lealtad) que el presidente Truman firmó el 22 de marzo de 1947 con el fin de eliminar la influencia comunista en la esfera pública. Truman perseguía con ello no sólo el apoyo de la opinión pública a su política de Guerra Fría sino también desactivar las acusaciones de ciertos sectores de su propio partido –y del republicano en su totalidad que ostentaba mayoría en la Casa de Representantes– de no combatir con suficiente energía al comunismo. Se calcula que con la ayuda de los archivos del FBI se llegaron a investigar a más de tres millones de empleados de la administración federal, dimitiendo unos 300 por razones de seguridad¹⁶. La aprobación de los juramentos de lealtad a nivel federal fueron además duplicados con juramentos similares en muchos Estados.

Se consideraba a una persona desleal “si era culpable de sabotaje, espionaje, sedición o traición, si defendía la revolución violenta o un cambio de gobierno por medios

anticonstitucionales, si revelaba información confidencial o si servía a los intereses de otro gobierno en vez de a los de los EE.UU.” (*New York Times*, 24 marzo 1947).

La editora de *The Nation*, Freda Kirchwey, en un artículo fechado el 23 de agosto de 1947 titulado “Veinte años después” resume así el alcance de las pruebas de lealtad:

Esta semana comienzan las pruebas de lealtad federal. En respuesta a la orden del Presidente Truman, apoyada por 11.000.000 de dólares aprobados en el Congreso, 1.900.000 empleados de agencias y departamentos facilitarán al gobierno sus huellas dactilares, información sobre su expediente y contactos.

Ya mencionamos cómo la prensa estadounidense durante estos primeros años de la Guerra fría focalizó con frecuencia su atención en la implacable persecución que sufrió el PCUSA con el procesamiento de doce de sus máximos representantes, seguido de otros procesos judiciales¹⁷. La finalidad de este juicio lo resume Harry Raymond con el siguiente encabezamiento en el *Daily Worker*: “Un confidente revela las tácticas del FBI: desenmascara la represión policial que se desatará en todo el país como objetivo del gobierno tras el juicio de los doce” (17 abril 1949).

El *Daily Worker* va a realizar un seguimiento puntual del proceso a los 12 dirigentes del PCUSA, apareciendo asiduamente en sus titulares la idea de que la prensa admite que existen dudas sobre la legalidad del juicio a los 12. Sin embargo, paralelamente, la prensa convencional se alineaba generalmente con la versión oficial según la cual los encausados estaban acusados de “organizar el PCUSA como una sociedad, grupo y asamblea de personas que enseñan y aconsejan el derrocamiento y destrucción del gobierno de los EE.UU. por la fuerza y haciendo uso de la violencia (...) y dichos actos están prohibidos por la Ley Smith” (*New York Times*, 21 julio 1948). El dominical *The Worker* se vio por ello obligado a publicar un monográfico de quince páginas el domingo 29 de mayo de 1949 titulado “En defensa del Partido Comunista y los líderes encausados”, firmado por William Z. Foster. En él se van desgranando las principales líneas del PCUSA para desmentir la acusación de que el partido pretendiera derrocar el orden establecido por la fuerza.

En este juicio resultaba muy difícil para la acusación probar que los doce encausados hubieran violado la *Alien Registration Act*, ley que servía de marco legal para encausarlos, ya que nunca se habían pronunciado abiertamente a favor de la violencia ni había evidencia alguna de que hubieran tenido acceso a armas con fines revolucionarios, por lo que una de las estrategias de la acusación a lo largo del proceso había sido preguntar a los acusados sobre otros miembros del PCUSA y al negarse a proporcionar información sobre sus compañeros de partido, fueron acusados de desacato al tribunal y encarcelados.

Harold R. Medina fue el juez federal encargado del proceso y en torno a su persona pesaban serias dudas sobre su imparcialidad durante todo el juicio, existiendo múltiples testimonios en la prensa coetánea, a través de los cuales se manifestaba la abierta animadversión que tenía Medina hacia los acusados, como recoge Russell Porter en su columna diaria en el *New York Times* de la que extraemos algunos titulares:

“Medina finaliza el enfrentamiento del juicio comunista” (21 abril 1949); “Medina descarta evidencias” (1 junio 1949) y “Medina dice que la acusación puede investigar a los testigos por utilizar métodos ‘clandestinos’” (21 julio 1949). Hay que añadir que el juez Medina también encarceló a los abogados que ejercían la defensa de los doce acusados por desacato al tribunal. Tras ocho meses de proceso¹⁸, los doce dirigentes del PCUSA fueron declarados culpables por haber violado la *Alien Registration Act* y condenados a cinco años de cárcel y 10.000 dólares de multa.



Meses más tarde el *Daily Worker* recoge el veredicto en un número extraordinario el 14 de octubre de 1949 y con el siguiente encabezamiento: “11 líderes comunistas. Explosivo veredicto destinado a destruir la paz y la democracia”. Posteriormente los procesados, tras apelar, consiguen la libertad bajo fianza, como anuncia el *Daily Worker* del 4 de noviembre de 1949 en un artículo firmado por Joseph North y Bernard Burton, “Once comunistas ganan la libertad bajo fianza”, en el que sostienen que “millones de americanos preocupados por las amenazas a la ‘Carta de libertades’ se alegraron ayer cuando se concedía la libertad bajo fianza a los 11 dirigentes comunistas por el Tribunal de Apelación de EE. UU”. Finalmente, el caso llegaría al Tribunal Supremo que el 4 de junio de 1951 ratificó la legalidad de las condenas.

En los meses subsiguientes la prensa en general se hará eco de nuevos procesos que afectarán a un mayor número de “pretendidos” comunistas, como informó el *New York Herald Tribune* del 5 de junio de 1951 con el titular “Abierto el camino para la acusación a otros 55.000 comunistas estadounidenses”. Otro de los grandes juicios que en ese mismo periodo centró la atención de los estadounidenses fue el de Alger Hiss, un alto funcionario del Departamento de Estado que fue juzgado en dos ocasiones¹⁹ por perjurio al negar que había entregado secretos del gobierno a la URSS, como recoge el columnista Alexander Feinberg en el *New York Times* del 12 de enero de 1949: “El Sr. Hiss, también ante el gran jurado, declaró bajo juramento que él nunca había entregado documentos restringidos al Sr. Chambers o a ninguna otra persona”. El excomunista Whitaker Chambers que aparece testificando en la imagen— había sido agente del espionaje soviético y después confidente del FBI— afirmaba que Hiss le había entregado microfilms que ocultó en una calabaza. Hiss cumplió cinco años de condena, aunque él mantuvo siempre su inocencia²⁰. El caso Hiss fue aprovechado por los republicanos para acusar una vez más a la administración Truman de imprudencia en la defensa de la seguridad nacional, todo lógicamente

destinado a minar su credibilidad durante las elecciones presidenciales de noviembre de 1948. Sobre este caso de espionaje siempre reinaba cierta sospecha de que podía estar siendo manipulado, ya que el secreto de los “documentos de la calabaza”, como acabaron conociéndose, ya se sabía en 1939 y se pregunta el columnista Walter Trohan “Pero los americanos no supieron de estos documentos robados hasta 1948. ¿Dónde estuvieron estos secretos vitales durante esos 10 largos años? (*Chicago Daily Tribune*, 2 febrero 1950).

Esta interminable lista de juramentos de lealtad, investigaciones y procesos dañaron la vida, carrera y futuro de miles de estadounidenses, si bien los más perjudicados fueran el PCUSA y el *Daily Worker*:

5. Conclusiones

En este artículo hemos podido constatar la estrecha vinculación del diario neoyorquino *Daily Worker* con el PCUSA. Por ese motivo resultó difícil, por no decir imposible, que el diario tuviera mayor autonomía. El dogmatismo y la inflexibilidad estalinista que reflejaba en su línea editorial no obsta para reconocer, como se ha tratado de demostrar, que logró atraer a magníficos periodistas y escritores entusiasmados con la idea de trabajar por una nueva sociedad. El final de una cruenta Segunda Guerra mundial había supuesto la derrota del fascismo gracias en particular al gigantesco esfuerzo bélico de la URSS. Por ello, el *Daily Worker* no dejaría de defender, con más insistencia que nunca, a “la patria socialista”. El camino era en consecuencia abrir una senda transformadora similar en EE.UU. con el apoyo de la herencia rooseveltiana y la más que previsible inauguración de un nuevo movimiento progresista. El estallido de la Guerra fría en 1947 desbarató todo este proyecto transformador y, en su lugar, prevalecieron consideraciones conservadoras de estrategia militar que frustraron la idea de cambio. Es más, la real o sobredimensionada amenaza del comunismo se instrumentó para eliminar al enemigo interno que era sinónimo al PCUSA y sus diversos frentes. El *Daily Worker* estuvo, como no podía ser de otra manera, en el punto de mira de los guardianes del orden establecido, de modo que, atezado por el anticomunismo en ascenso, el acoso político, el estrangulamiento económico y el procesamiento judicial tuvo que dejar de publicarse a principios de 1958. La cruzada anticomunista alcanzó en 1950 su paroxismo con el macartismo y, en ese contexto, cabe entender que el proceso a los 12 máximos dirigentes del PCUSA se saldara con cinco años de condena y la posterior celebración de juicios similares que descabezaron prácticamente todo rastro de influencia comunista en EE.UU. No hizo falta proceder a medidas de ilegalización.

De todos los periódicos estadounidenses consultados resulta llamativo que fuera el *New York Times* el periódico que siguiera con relativa objetividad y con mayor regularidad la evolución del PCUSA y el *Daily Worker* a lo largo de los años objeto de estudio, seguido, a cierta distancia, por el *New York Herald Tribune*, *Washington Post*, *Chicago Herald Tribune* y *Christian Science Monitor*. El resto de la prensa

recogía ocasionalmente dichas noticias en tono sensacionalista y con fuentes poco o nada contrastadas, como era el caso con *New York World Telegram*, *The Tablet*, *New York Journal American*, *The Sun* y un largo etcétera de cabeceras.

6. Referencias bibliográficas

- AMBROSE, S. E. & BRINKLEY, D. G. (1997). *Rise to Globalism. American Foreign Policy since 1938*. New York: Penguin.
- BLANSHARD, P. (1951). *Communism, Democracy and Catholic Power*. Washington, D. C.: Catholic University of America Press.
- CRONIN, J. F. (1945). *The Problem of American Communism in 1945. Facts and Recommendations*. Baltimore: St. Mary's Seminary.
- EMERSON, T. (1970). *The System of Freedom of Expression*. New York: Random House.
- FRIED, R.M. (1990). *Nightmare in Red. The McCarthy Era in Perspective*. New York: Oxford U.P.
- HAYWOOD, H. (1978). *Black Bolshevik: Autobiography of an Afro-American Communist*. Chicago: Liberator Press.
- KAMPELMAN, M. M. (1957). *The Communist Party vs. the C.I.O.*, Frederick A. New York: Praeger.
- ONEAL, J. y WERNER, G. A. (1947). *American Communism. A Critical Analysis of its Origins, Development and Programs*. New York: Dutton & Co.
- SELDES, G. (1949). *The People Don't Know. The American Press and the Cold War*. New York: Gaer Associates.
- SPOLANSKY, J. (1951). *The Communist Trail in America*. New York: MacMillan.
- STRIPLING, R. E. (1949). *The Red Plot Against America*. Drexel Hill: Bell.
- WEYL, N. (1950). *Treason. The Story of Disloyalty and Betrayal in American History*. Washington, D.C.: Public Affairs Press.
- WHITEHEAD, D. (1958). *Historia del FBI*. Buenos Aires: Sopena Argentina, S.A.
- ZACHARIAS, E. M. (1950). *Behind Closed Doors. The Secret History of the Cold War*. New York: G.P. Putnam's Sons.

Notas

- ¹ En la prensa comunista estadounidense se presenta a Earl Browder como un traidor a las ideas revolucionarias del Partido Comunista y se le relaciona con Wall Street, una acusación que el propio Browder calificó como falsedad. Véase como ejemplo: “*Daily Worker links Browder to Wall Street*”, *New York Herald Tribune*, 22 de marzo de 1949.
- ² Entre 1928 y 1935 el PCUSA propugnó que el “cinturón negro”, como nación oprimida de afroamericanos, ejerciera el derecho a la autodeterminación. El principal activista de esta causa fue Harry Haywood autor de *Black Bolshevik: Autobiography of an Afro-American Communist*, Liberator Press, Chicago 1978

- ³ Hollywood fue sin duda el sector más conocido.
- ⁴ Véase por ejemplo el informe confidencial para la Conferencia Episcopal católica de 1945 firmado por el reverendo John F. Cronin bajo el título de *The Problem of American Communism in 1945. Facts and Recommendations*. Detrás de buena parte de este exhaustivo informe estaban los servicios de información del FBI.
- ⁵ Burnham, J., sostiene en su obra de 1947 *The Struggle for the World*, que la Guerra fría comenzó a gestarse antes de que terminara la Segunda Guerra mundial. En cambio Stephen E. Ambrose en *Rise to Globalism*, p. 184, señala que el discurso pronunciado por el congresista republicano Joseph R. McCarthy el 9 de febrero en Wheeling como el inicio del macartismo. Allí dijo que “tenía en su poder el caso de 57 individuos [del Departamento de Estado] que eran militantes o en su caso fieles al PC y que, a pesar de ello, están diseñando nuestra política exterior”. Estas acusaciones se hicieron ocho semanas después de que Chiang-Kai-Chek huyera a Formosa, cinco días antes de que se firmara el Tratado de Ayuda Mutua entre la URSS y China, y tres semanas antes de que Klaus Fuchs fuera condenado por proporcionar a la URSS secretos atómicos
- ⁶ Whitehead, D. en *Historia del FBI*, pp. 32 y 194, señala que Roosevelt ya en 1936, por intermedio del Secretario de Estado Cordell Hull, “había impartido al servicio una orden secreta en virtud de la cual debían investigarse las actividades comunistas en todo el país y ser vigilado el Partido Comunista”.
- ⁷ Entre la extensa relación de publicaciones de esos años sobre el tema, destacamos algunos títulos: Joseph E. Davies (1943) *Mission to Moscow*; Alexander Barmine (1945) *One Who Survived*; R. E. Lauterbach (1945) *These Are the Russians*; Hamilton Fish (1946) *The Challenge of World Communism*; Vera Micheles Dean (1947) *Russia: Menace or Promise*; Ypsilon (1947) *Pattern for World Revolution*; Edward Crankshaw (1948) *Russia and the Russians*; Robert E. Stripling (1949) *The Red Plot Against America*; Edmund Stevens (1950) *This is Russia. Uncensored*; Walter Bedell Smith (1950) *My Three Years in Moscow*; R. M. Ketchum (1950) *What is Communism?* E. M. Zacharias (1950) *Behind Closed Doors. The Secret History of the Cold War*; Nathaniel Weyl (1950) *Treason. The Story of Disloyalty and Betrayal in American History*; Paul Blanshard (1951) *Communism, Democracy and Catholic Power*; Barbara Ward (1951) *Policy for the West*; J. Spolansky (1951) *The Communist Trail in America*.
- ⁸ Véase por ejemplo el reportaje de Fletcher Knebel en *Look* del 19 de junio de 1951 titulado “Espías rojos. La historia secreta de las personas que traicionaron a su país” También resulta ilustrativo el libro escrito por Nathaniel Weyl, 1950, pp. 412 y ss.
- ⁹ En el *Daily Worker*, el 17 de octubre de 1950, el columnista Georges Morris presenta los efectos que la ley *Internal Security Act* de 1950, también conocida como la Ley McCarran produce en los sindicatos. En otro artículo del mismo diario fechado el 13 de marzo de 1951 se destaca como el *Subversive Activities Control Board*, que depende de esta ley, debe posponer su juicio contra el Partido Comunista al haberse apelado al Tribunal Supremo para que determine su constitucionalidad.
- ¹⁰ Cabría añadir la Ley Taft-Hartley de 1947 que limitaba la libertad sindical y el derecho de huelga de los sindicatos. Estaban por ejemplo prohibidas las huelgas políticas o las huelgas de solidaridad y contemplaba otras medidas restrictivas adicionales.
- ¹¹ Véase *Red Channels: the Report of Communist Influence in Radio and Television*, Counterattack [FBI], 1950
- ¹² *US News & World Report*, del 30 de marzo 1951, recoge una larga entrevista a J. E. Hoover bajo el título “La amenaza comunista en EE.UU”.
- ¹³ Todas las traducciones son de los autores del artículo.
- ¹⁴ Para un análisis reciente, véase p.ej. Victor Pickard (2014), “Laying Low the Shibboleth of Free Press”, *Journalism Studies* 15 (4), 464-480.

- ¹⁵ *The Midwest Daily Record* deja de publicarse en enero de 1940, porque había reducido su tirada debido a la elevada pérdida de lectores después de que la línea del Partido Comunista cambiase y pasase a atacar al Presidente Franklin D. Roosevelt, apoyando el Pacto de no agresión Germano-Soviético firmado en agosto de 1939.
- ¹⁶ Entre 1884 y 1939 era ilegal pedir la afiliación política o religiosa a una persona que solicitara trabajar para el gobierno.
- ¹⁷ Los dirigentes comunistas procesados fueron: William Z. Foster, presidente del partido y candidato a la Presidencia de los Estados Unidos por el PCUSA en varias elecciones; Benjamin Davis, concejal del Ayuntamiento de Nueva York; John Williamson, miembro del Consejo Nacional; Eugene Dennis, secretario general del PCUSA; Henry Winston, miembro del Consejo Nacional; Jack Stachel, miembro del Consejo Nacional; Robert Thomson, miembro del Consejo Nacional y presidente del PCUSA del estado de Nueva York; John Gates, editor del *Daily Worker* desde 1947; Irving Potash, director de la *Furriers' Joint Council* de Nueva York del sindicato CIO, y miembro del Consejo Nacional; Gilbert Green, presidente del distrito comunista de Chicago; Carl Winter, Detroit, presidente de la unidad del partido Comunista del estado de Chicago y Guss Hall, presidente del PCUSA de Ohio.
- ¹⁸ El largo proceso judicial sufrió varios retrasos, algunos de ellos pudieron ser deliberados como recoge el diario *New York Times* el 7 de septiembre de 1949 cuando afirma que: "El juicio comunista retrasado por la lesión de Potash".
- ¹⁹ En el segundo juicio de Alger Hiss se puso un gran énfasis en la posibilidad de que existiera una extensa red de espionaje soviética en la que estuvieran integrados respetables ciudadanos estadounidenses.